

# NOTAS ACTUALES

BOLETÍN INFORMATIVO DE LA EMBAJADA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

4 de julio de 2005



**MENSAJE DEL  
EXCMO. EMBAJADOR,  
DAVID N. GREENLEE,  
CON MOTIVO DE LA  
CELEBRACIÓN DEL 229  
ANIVERSARIO DE LA  
INDEPENDENCIA DE LOS  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA**



## MENSAJE DEL EMBAJADOR

Los Estados Unidos de América celebra hoy su 229 Aniversario de Independencia. Somos una sociedad que se ha convertido en servidora y propulsora de la libertad, de los valores democráticos, de la igualdad de oportunidades para todos y sin exclusiones. Somos además una sociedad que nació sobre los cimientos de libertad e independencia y que creció bajo el Estado de Derecho que establecieron, entre otros principios, la tolerancia y la participación.

Al cumplir este Aniversario, estamos reafirmando nuestro deseo de contribuir a construir un hemisferio de libertad, prosperidad y progreso, cooperando a través de diferentes iniciativas para reducir los niveles de pobreza, en la búsqueda de un hemisferio dinámico, generador de oportunidades y seguro para todos sus habitantes.

Como Bolivia, Estados Unidos es un país de mucha diversidad. Cada Estado tiene sus propias características; cada región tiene sus enfoques políticos, económicos y sociales. Somos un pueblo de diversas culturas, religiones, lenguajes y tradiciones. Nuestra fuerza como país es por causa de esta diversidad, no a pesar de ella.

Bolivia y Estados Unidos tienen una historia de 157 años de relaciones bilaterales. Nuestro compromiso con Bolivia, su Gobierno y su pueblo se mantiene consistente. Renovamos nuestro compromiso para continuar trabajando como aliados y para compartir valores.

Hemos trabajado con perseverancia en programas conjuntos que están buscando generar las condiciones necesarias para el bienestar de los bolivianos. Tenemos confianza en la democracia, en las libertades y en el respeto

al individuo. Y tenemos confianza en el valor de los bolivianos para proteger la democracia y generar oportunidades económicas.

Nuestra cooperación anual a Bolivia se expresa no solamente en los 150 millones de dólares que se canalizan a los sectores claves de la sociedad boliviana, sino a través de numerosos proyectos que benefician a:

- cientos de familias de El Alto que hoy pueden exportar sus productos gracias a la generación de empleos
- miles de niños que pueden tener acceso a servicios integrados de salud
- centenares de mujeres que hoy pueden consolidar sus pequeños, pero productivos centros artesanales
- miles de personas que reciben atención médica gratuita que nunca antes habían recibido

Además, nuestra cooperación se traduce en:

- el apoyo institucional para el fortalecimiento del proceso democrático
- el desarrollo del aparato productivo
- el mejoramiento de la administración de la justicia
- la lucha contra las drogas y
- la protección del medio ambiente.

Ciudadanos bolivianos, permítanme compartir con ustedes nuestro júbilo por este nuevo Aniversario de los Estados Unidos. Me unen afectos especiales a Bolivia y quiero expresar mis mejores deseos para el futuro de este país. Gracias a ustedes nuevamente, por su hospitalidad hacia todos los ciudadanos de los Estados Unidos que vivimos en este país, hacia mi propia familia y hacia mí, de manera personal.

La Paz, 4 de julio de 2005

## LA IDENTIDAD ESTADOUNIDENSE



El autor examina el «contrato social perdurable» que es la base de Estados Unidos de América, que define la comunidad y la cultura de la nación. **«Desde sus comienzos, pocas han sido las ideas utópicas en la corriente principal del pensamiento político estadounidense, y poco el sentido de un Estado ideal o de una condición humana ideal que se deba construir mediante la planificación social»,** dice Pachter. **«Más bien ha sido la propia condición de esforzarse, de evolucionar, la experiencia de vivir libremente, lo que estimula la imaginación nacional».** Son particularmente reveladoras algunas palabras como libertad, individualismo, movilidad y pragmatismo que **«resuenan en el espíritu estadounidense».**

El actual debate nacional sobre los valores estadounidenses no es repudio, sino prueba de su aplicación a un ámbito más amplio de circunstancias. La cuestión que siempre ha planteado una dificultad a la democracia estadounidense ha sido la relación entre la igualdad y la libertad.

**Hay que ver la amplitud de la actividad política en Estados Unidos para entenderla. No más se pone pie en suelo estadounidense, queda uno pasmado ante una especie de tumulto... Es imposible dedicarle más esfuerzo a la búsqueda de la felicidad.**

— Alexis de Tocqueville,  
*La Democracia en América*

Los intentos por definir la naturaleza de la sociedad estadounidense suelen comenzar con esta cita de *La Democracia en América*, obra maestra decimonónica de Alexis de Tocqueville. Resulta extraordinario que un libro escrito sobre un país perpetuamente mudable, inexorablemente moderno y completamente falto de un sentido de tradición date de más de 150 años, y que su descripción sea todavía consonante con la actualidad. Es mucho más sorprendente que el estudio de Tocqueville sobre un pueblo mayormente rural, protestante y anglosajón (y de afroestadounidenses esclavizados) hable de una nación o a la nación urbana, industrializada y multicultural en la que cientos de millones viven en movimiento hoy.

Si las observaciones que se hicieron en la primera mitad del siglo XIX son aplicables todavía a los Estados Unidos de principios del siglo XXI, es lógico presumir que existe una naturaleza constante que es la «médula» de la sociedad estadounidense. No obstante, para entenderla hay que distinguir entre el sentido de independencia de Estados Unidos y el de las sociedades tradicionales que captan su identidad de sus vínculos con la fe, la etnicidad y la memoria. Para hablar sobre una identidad estadounidense se necesita hacer un nuevo examen de qué es lo que mantiene unida a una comunidad nacional y qué es lo que constituye una cultura nacional.

Para ser un estadounidense pleno, tal como define Estados Unidos a sus ciudadanos, no se requieren vínculos ancestrales a la nación, a sus culturas étnicas predominantes o a sus tradiciones religiosas. Los estadounidenses, en su carácter individual, pertenecen a una multitud de culturas históricas, pero lo que tienen en común unos con otros es algo muy diferente. En el fondo de su independencia nacional existe un contrato social perdurable que impulsa

un proceso enérgico. El propósito del presente ensayo es comprender el significado del contrato y la evolución del proceso.

### OPCIÓN Y RESPONSABILIDAD

La afiliación en la comunidad nacional exige sólo la decisión de convertirse en estadounidense; una decisión política que lleva implícito un aspecto moral. Se presume que todos los estadounidenses, los nacidos en el país inclusive, son estadounidenses por elección y no meramente por un legado histórico. De hecho, la pasión por «optar» puede ser el principal impulso y valor de la sociedad. Es el modo activo de la libertad y presume no sólo la ausencia de limitaciones políticas y económicas, sino la oportunidad de elegir en un amplio abanico de posibilidades. En su manifestación más trivial, la cultura convalida este principio en la proliferación de la infinita variedad, a menudo insignificante, de opciones de consumo.

En un nivel más profundo está, el amor por la optación, en el recuerdo de la oportunidad para salir del callejón sin salida en una vida arraigada en culturas ancestrales y de crear en un Nuevo Mundo la vida que uno desea llevar. Muchos estadounidenses repiten de manera literal este patrón de emigración al desplazarse hacia los estados del oeste, o de manera simbólica en su vida profesional o social buscando nuevos comienzos o segundas oportunidades. Y si bien la trágica experiencia de los indígenas estadounidenses y de los afroamericanos ha frustrado esta facultad optativa, que es un determinante de la nación, también ellos han reclamado su derecho a decidir su propio destino y a participar de las posibilidades que le otorgan sus derechos de nacimiento como estadounidenses.

Estados Unidos cree en la propia invención y celebra al «hombre que triunfa por su propio esfuerzo» y, en la actualidad «a la mujer que triunfa por su propio esfuerzo». Un punto medular de esta creencia es la convicción de que las circunstancias heredadas y los antepasados son mucho menos importantes que el camino que uno escoge para sí mismo, y el esfuerzo que invierte en esa elección. Los héroes estadounidenses «proviene de la nada» y «se hacen por su cuenta» Y salvo por las barreras obstinadas y heréticas de la raza, que se discutirán más adelante, los estadounidenses presumen que sus orígenes y los de los demás pueden enriquecer sus vidas, pero no determinan su futuro.

Si bien es liberador como proposición y como ideal, el concepto de la libre voluntad social y económica también coloca sobre la persona la carga de la responsabilidad por su propia suerte. En una sociedad en perpetuo estado de evolución, no hay absolutos sociales o económicos, ni indulgencia para la incapacidad para mejorar su vida no importa por el motivo que sea. Cuando se frustran las ambiciones y se niega la prosperidad, los estadounidenses consideran que hay una perversión en el orden natural de las cosas.

Aunque la pasión por el optar es el motor del individualismo estadounidense, es también remedio de comportamientos egoístas. Desde el punto de vista de sociedades más tradicionales, los estadounidenses pueden dar la impresión de ser una nación de individuos atomizados en caída libre en un vacío social, pero lo cierto es que ellos no han eliminado su sentido de obligación social. Sólo han reemplazado la base de su heredad.

Los estadounidenses son participantes, voluntarios y filántropos. Asumen una serie de obligaciones y responsabilidades libremente adquiridas, de modo que dirigen su individualismo hacia un fin social. Si a los europeos, asiáticos, africanos y latinoamericanos les extraña en Estados Unidos la falta del sentido de familia extendida, vínculos ancestrales y de lealtad a una clase social, los estadounidenses también se maravillan de lo que, a su manera de ver,



es la renuencia poco generosa de los miembros de culturas tradicionales para aprovechar oportunidades no vinculadas a la religión o a la familia y contribuir voluntariamente y dar apoyo financiero a causas justas.

## ECLECTICISMO COMO VALOR

La sociedad estadounidense ha aparejado la ética de la optatividad con una variedad infinita de tradiciones, ideas y oportunidades. La mezcla de pueblos y costumbres que se advierte en el diario vivir estadounidense, con los notables cambios que muchas comunidades han experimentado al emigrar de su patria, ha resultado en la práctica de probar y prestar y mezclar estilos, rituales y, sobre todo, comidas. Este eclecticismo, que puede parecer desordenado en culturas históricamente más unidas, se convierte

en Estados Unidos en un valor y en un signo distintivo de vitalidad. Es lo que da forma a la nación y, en definitiva, a gran parte del arte y la literatura del país. Los artistas, escritores y arquitectos de Estados Unidos consideran que es derecho propio la optatividad y la elección entre los elementos de culturas nacionales y foráneas, para combinarlos en una nueva totalidad estadounidense.

Las fuerzas que se mueven en el meollo del sistema estadounidense de valores, creencias e identidad encontraron su expresión más temprana y acoplada en las palabras «derechos inalienables» de todos los seres humanos, que en la Declaración de Independencia de 1776 se describen como «vida, libertad y búsqueda de la felicidad». No fue la felicidad lo que pidió Tomás Jefferson, autor de la Declaración, para sus conciudadanos y para la humanidad, sino su «búsqueda». Desde el comienzo, han sido pocas las ideas utópicas en la



**Clara Barton** (1821-1912) consagró su vida a servir a los demás. Empezó a enseñar a la edad de 15 años y más tarde abrió una escuela pública gratuita en Bordentown (New Jersey). Al estallar la Guerra de Secesión de los Estados Unidos estableció un programa de ayuda para recoger suministros médicos y otros artículos que se distribuían a los soldados heridos. Fue tal el éxito de este programa que el gobierno autorizó a Barton a viajar con ambulancias militares para atender a enfermos y heridos. Durante los tres años que siguió las operaciones del ejército, cuidó a los soldados heridos, les proporcionó alimentos y agua, ayudó a los cirujanos en su trabajo y organizó un programa para localizar a soldados desaparecidos en campaña. En 1881 estableció la Cruz Roja de los Estados Unidos, a cuyo servicio puso la experiencia adquirida en la guerra. Fue presidenta voluntaria de dicha organización hasta 1904 y amplió el papel del movimiento internacional de la Cruz Roja más allá de la asistencia en el campo de batalla, para incluir el socorro en casos de catástrofe. Siguió trabajando directamente en programas de socorro hasta bastante después de haber cumplido los 70 años.

consigna el «cambio», una de las palabras más evocadoras del vocabulario estadounidense. Parte del atractivo que tiene el cambio para la cultura estadounidense se basa en la esperanza de que cada cambio trae una mejoría. Sin embargo, la expectativa optimista de que el cambio representa el progreso «ipso facto» es menos importante que la firme tendencia hacia la aversión y hasta temor a la permanencia de una autoridad o política. Durante el debate para aprobar la propuesta de Constitución, Tomás Jefferson advirtió que incluso permitirle a un presidente más de cuatro años en su cargo, sin garantía de rotación, podría convertirlo prácticamente en un «funcionario vitalicio». La preocupación de Jefferson se basaba en la premisa fundamental estadounidense de que la soberanía es del pueblo, quien sólo la otorga temporal y condicionalmente al funcionario.

## LÍMITES A LA AUTORIDAD

La naturaleza agitada y antagonista del proceso estadounidense tiene como fin dar una garantía contra el abuso del poder. No se puede confiar la autoridad a ningún partido o persona por demasiado tiempo. Las personas son corruptibles y las políticas pierden su novedad. La estancia prolongada de un partido en la Casa Blanca provoca inquietud en el electorado. Ningún conjunto de ideas o líderes pueden mantener su lealtad por mucho tiempo. Es la dinámica del propio sistema lo que aporta a los estadounidenses lo que necesitan y lo que confían:

el equilibrio de fuerzas, la fiscalización de la verdad por medio del reto y la exposición, que se tenga presente la vanidad y el peligro del poder, los beneficios del cambio, el crecimiento y la experimentación, y sobre todo el encanto de empezar de nuevo.

Luego, es paradójico que Estados Unidos logre su continuidad con la insistencia en el cambio, y su estabilidad con la integración del conflicto. No se trata simplemente de una costumbre de una tradición electoral discordante, sino una estrategia incorporada al propio marco de gobierno. El historiador Michael Kammen ha descrito el sistema que los autores de la Constitución pusieron en marcha en 1780, como uno de «conflicto dentro del consenso». Como lo define Marcus Cunliffe, otro historiador: «incorporaron la fricción en el documento, con toda intención, como salvaguarda contra la corrupción y la dictadura».

No se trata, en realidad de una fórmula para la eficiencia. Aunque la tecnología y la administración estadounidenses celebran el ideal de la eficiencia, la nación como cultura política siente una profunda desconfianza de la planificación de largo plazo, de la concentración del poder y de la adopción demasiado fácil de las decisiones nacionales. El gobierno constitucional frustra deliberadamente la acción concertada por medio de la separación de poderes, y de un sistema de limitación y equilibrios. Este sistema político puede conducir y conduce al conflicto, a la frustración y al ocasional

corriente principal del pensamiento político estadounidense, y poco el sentido de un Estado ideal o de una condición humana ideal que se deba construir mediante la planificación social. Más bien ha sido la propia condición de esforzarse, de evolucionar, la experiencia de vivir libremente, lo que estimula la imaginación nacional. Las palabras que conmueven a los estadounidenses son reveladoras: «libertad», «movilidad», «individualismo», «oportunidad», «energía», «pragmatismo», «progreso», «renovación», «competición». No son palabras secas y descriptivas. Nos hablan del espíritu estadounidense.

Bill Clinton, en su victoriosa campaña presidencial de 1992, tomó como



estancamiento cuando falta un compromiso entre estadistas o compatibilidad de filosofías políticas en las ramas ejecutiva, legislativa y judicial. Pero también logra una garantía real contra la usurpación de la autoridad.

El sistema político promueve también el equilibrio de las autoridades federales, estatales y municipales, que conduce a una fuerte renuencia en el plano nacional a imponer políticas en muchos campos. Estados Unidos no cuenta con un solo sistema de educación, de cultura o, hasta la fecha, de un sistema de salud administrado directamente desde Washington. La política sobre estas y otras cuestiones surge mayormente de la persuasión, la coordinación, la creación de coaliciones y la negociación entre partidos, electores, grupos de intereses especiales y regiones. El sector privado tiene un papel muy importante, que refleja la energía liberada de un mercado abierto de ideas, programas y recursos. Otro actor significativo es una prensa suspicaz.

---

## IGUALDAD FRENTE A LIBERTAD

A pesar de la tradición de un gobierno bajo control, muchos estadounidenses del pasado siglo propusieron una nueva visión de la función del Estado. Si una sociedad sólo necesita ser liberada del yugo del gobierno para disfrutar de los beneficios de la libertad, luego la tarea de la reforma política se completa cuando se contrapesan las peores tendencias del gobierno y se liberan las energías sociales. Sin embargo, ello presume que las realidades políticas, sociales y económicas subyacentes hacen posible la participación equitativa de los beneficios plenos de la libertad, o lo contrario, que sólo algunos miembros de la sociedad llenan los requisitos para ser participantes activos. Las generaciones de reformistas estadounidenses han exigido que su sociedad reconozca a los excluidos, y luego han utilizado al gobierno como garante de su libertad de participar en la promesa estadounidense. Han sido constantemente retados por otros que temen que el poder del gobierno sea un asalto a la libertad. En definitiva, ha sido más fácil plantear la pregunta sobre la democracia estadounidense pero muy difícil



responderla: ***¿Cuál es la relación entre igualdad y libertad?***

Según las normas del siglo XVIII, la nueva nación había efectuado un cambio radical en la idea del consentimiento político al delegar la autoridad final en el pueblo, pues todos, en palabras de la Declaración de Independencia, son «creados iguales». Sin embargo, la participación real en la nueva comunidad política de Estados Unidos se limitó en maneras que los estadounidenses modernos encontrarían intolerables y hasta inconcebibles.

La Guerra Civil de la década de 1860 rectificó el oprobio de la esclavitud en una sociedad libre, seguida por las enmiendas 14 y 15 a la Constitución, que extienden los derechos políticos a la mitad de la población afroamericana. La otra mitad, la femenina, tendría que esperar hasta la adopción de la Enmienda 19 en 1920, que finalmente integró al grupo más numeroso de estadounidenses sin derecho al voto a la comunidad política.

Los derechos políticos recibieron más apoyo legislativo con la promulgación de la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Derecho al Voto de 1965. Sin embargo, aún después de varios años de aplicación deliberada y dirigida de derechos políticos básicos, y de los reclamos insistentes del movimiento de derechos civiles, la cuestión más básica de la naturaleza de la igualdad como condición previa de la libertad se mantenía sin resolver en la cultura estadounidense a mediados de siglo. El acceso justo y equitativo a derechos políticos, cuando finalmente sea resuelto,

no garantizará a todos la plena participación en la promesa de la vida estadounidense. Cualquier argumento de que esta desigualdad de circunstancias se deba a las limitaciones «innatas» de las comunidades y categorías excluidas de estadounidenses amenaza el propio concepto del individualismo estadounidense. La mera idea de que el destino es capaz de encajonar a una persona, de hacerla vivir una situación difícil por su clase, raza y género, es aborrecible. Se trata más bien de una cuestión de barreras artificiales establecidas por la sociedad, sostienen algunos, particularmente la del racismo, pero también el sexismo y los factores sociales y económicos. Entonces surge la pregunta, ***¿cuál es la responsabilidad de la nación?***

Los reformistas generalmente han argumentado el caso para la intervención dentro del marco de la dinámica estadounidense. El gobierno se insertó inicialmente como un actor activo en la vida económica de la nación durante la Era Progresista de principios del siglo XX, y luego en la administración del «Nuevo Arreglo» de Franklin Delano Roosevelt (a mediados de siglo) como contrapeso a las fuerzas sociales y económicas que amenazaban la igualdad en la sociedad. A finales de la segunda mitad del siglo XX, el marco de la política social se hizo aún más activista al intentar obrar un efecto sobre las condiciones en las que los estadounidenses se preparan, compiten e interactúan. Recientemente, la política social ha reflejado la pregunta fundamental sobre la función del gobierno: cómo y cuánto se pueden regular mejor los acuerdos económicos y

sociales en una sociedad que se precia y se basa en el principio de la libertad individual, y cómo celebrar la iniciativa, el ingenio y la autonomía de cada persona.

Cuando la mayoría de los estadounidenses habla sobre igualdad, se refiere a igualdad de oportunidades, no de resultados. Desde el principio, los estadounidenses rara vez han defendido o demostrado un compromiso con una sociedad con igualdad de propiedad o condición. Parte del sueño estadounidense es la creencia, el «valor» de que las personas, que son diferentes en iniciativa, energía y talento, deben disfrutar de los frutos dispares de su esfuerzo. No se supone que haya una garantía de resultados iguales. Muchos estadounidenses no quieren una sociedad pareja, pero si quieren un terreno de juego pareja.

*¿En realidad lo desean?* Es un dilema constante de la vida estadounidense que las generalizaciones sobre objetivos, valores y circunstancias de la sociedad se vienen abajo cuando se confronta a la obstinada herencia de las diferencias raciales. Pero es asimismo cierto que los estadounidenses han utilizado por mucho tiempo la crítica mordaz con palabras acaloradas y el choque de fuerzas sociales para impulsarse hacia adelante. Las letanías que advertían de la caída de las comunidades individuales o de toda la nación se remontan a la época de los

puritanos, que sirvieron en ese entonces, como en épocas sucesivas, como incentivo para el cambio y la acción, y como medida de la impaciencia y de las expectativas tenaces de los estadounidenses.

Lo que exigen los activistas de las principales corrientes de pensamiento de fines de siglo XX, y de principios del siglo XXI, es la realización de la lógica de la democracia estadounidense. La cuestión no es sólo política y económica, sino también cultural. Aún cuando los

---

*«Parte del sueño estadounidense es la creencia, el «valor» de que las personas, que son diferentes en iniciativa, energía y talento, deben disfrutar de los frutos dispares de su esfuerzo. No se supone que haya una garantía de resultados iguales. Muchos estadounidenses no quieren una sociedad pareja, pero si quieren un terreno de juego pareja.»*

---

valores expresados de la sociedad dicen que ser estadounidense equivale a ser parte de un contrato social, y no de una herencia particular, se ha mantenido la premisa de que el estadounidense verdadero y esencial tiene determinados antecedentes (anglosajón, luego ampliada a europeo), fe (protestante, ampliado tras

años de hostilidades para incluir a los católicos y con más renuencia a los judíos), y para fines del estado político y económico, un género (masculino). La idea de principios del siglo XX sobre el crisol étnico afirmaba, por lo menos a algunas comunidades, que no tenían que haber nacido dentro de una herencia particular, pero que se esperaba que se convirtiesen cultural y políticamente en estadounidenses para perder, en efecto, los signos que los diferenciaban de la mayoría de los estadounidenses.

El argumento a favor del reconocimiento de la diversidad de culturas y antecedentes como algo fundamental, no sólo para la realidad estadounidense sino para los ideales estadounidenses, ha obligado a la sociedad a debatir nuevamente las implicaciones de esta noción poco usual de ver una comunidad nacional como proceso e interacción. Desde los años 60 del siglo pasado, los defensores de la diversidad han intentado crear una metáfora apta para la sociedad estadounidense que incluya, y no excluya o disuelva. Cada generación de estadounidenses ha defendido la idea de que el estadounidense es una mezcla de opiniones, pueblos, creencias, culturas y, más recientemente lenguajes, hasta el punto que muchos temen que el centro no aguantará más. Hasta la fecha, el historial de cohesión nacional da esperanzas para el futuro, pero el futuro está lejos de ser comprendido universalmente, tal como se ha garantizado, en vista de las inquietudes que prevalecen en algunos miembros de las comunidades de la mayoría de que el tejido nacional se está deshaciendo, y entre algunos miembros de las comunidades minoritarias de que nunca serán genuinamente integrados en la mezcla estadounidense.

---

## SOMETER A PRUEBA LOS VALORES

Asimismo, en otros aspectos, el debate actual sobre valores los estadounidenses representa no su repudio sino una prueba de su aplicación a un ámbito más amplio de circunstancias. El crecimiento del movimiento femenino estadounidense nos recuerda que una vez se presumía que la biología excluía a mitad de los estadounidenses de la vida política, y luego profesional y económica, en la dinámica





del país. La barrera del género no ha sido completamente derribada, pero está bajo ataque constante. También han quedado atrapados en la revolución continua de las expectativas estadounidenses los principios sociales, como el de la familia, que son constantemente vulnerables a la ética optativa y la realización de cada persona. Tan temprano como el siglo XIX, los estadounidenses transformaron las tradiciones del matrimonio para hacer posible la libre elección de la pareja. Esta idea se amplió con el paso del tiempo para incluir el derecho de convivir juntos «sin el concurso de un clérigo» o de contraer matrimonio y luego divorciarse, y crecientemente se debate la definición de lo que constituye una familia dentro o fuera del marco legal. Cada vez más, las relaciones entre hijos y padres, y entre generaciones de jóvenes y mayores,

ponen a prueba los límites de la autoridad y el consentimiento a un punto nunca imaginado en épocas anteriores.

Estas son tendencias actuales estadounidenses, pero son también, y en menor medida, tendencias de todas las culturas industrializadas y democráticas. Los estadounidenses deben empezar a preguntarse cómo la cultura que una vez los definía como únicos, por lo menos en algunos aspectos, se ha convertido en la cultura del modernismo global. Ha sido una sorpresa ver cómo varios países asiáticos son proclamados naciones del siglo XXI por sus adelantos tecnológicos e industriales, cómo los europeos occidentales se han identificado con la idea de una gran unión de estados y una mancomunidad dinámica, y cómo

las democracias emergentes, si bien torturadas, de Europa Oriental y Central se identifican con las aspiraciones de un electorado entusiasta.

A pesar de todo, los estadounidenses pueden comprobar la ventaja que les da su larga historia de apertura y cambio políticos, de tolerancia hacia los conflictos, energía empresarial y mezcla cultural. Su historia flexible puede servir como fórmula para la estabilidad durante los golpes que continuamente asesta el modernismo global, para confirmar y no socavar las tradiciones nacionales.

---

*Marc Pachter es director de la Galería Nacional de Retratos de la Institución Smithsonian en Washington, D.C. Antes se desempeñó como vicesecretario adjunto para asuntos externos del Smithsonian. Pachter es autor y ha editado varios libros y participado en muchos programas de radio y televisión sobre cuestiones culturales e históricas de Estados Unidos. Este artículo es una reimpresión y un resumen del publicado en el libro «Identities in North America, The Search for Community», editado por Robert L. Earle y John D. Wirth. Copyright © 1995, por el Consejo Síndico de la Universidad Leland Stanford Jr. Todos los derechos reservados. Se utiliza con permiso de Stanford University Press.*

## ¿TODAVÍA E PLURIBUS UNUM? SÍ



«La unidad de los Estados Unidos es una cuestión de tanta importancia como cualquier otra a la que actualmente se enfrentan los estadounidenses», afirma el autor. Pese a los informes y comentarios de los medios de información sobre un país dividido, es mucho más lo que en sus tradiciones y valores une a los ciudadanos de Estados Unidos que lo que los separa. Los estadounidenses no han olvidado las perniciosas divisiones y la desunión de su Guerra de Secesión en el siglo XIX, ni tampoco algunas confrontaciones entre distintas creencias religiosas a comienzos del siglo XX. Cualquier desacuerdo político, religioso y social que pueda existir hoy está lejos de tener la virulencia de aquellos acontecimientos». «De hecho», concluye el autor, «todo hace suponer que la polarización que presenciaron los estadounidenses en 2004 es probable que dé lugar a una reacción contraria, dirigida a recordarles que, pese a todas sus diferencias políticas, comparten una misma ciudadanía nacional».

Hace varios años, en mi obra *One Nation, After All*, afirmé que, pese a los informes de los medios de comunicación sobre las divisiones que desgarran a la sociedad estadounidense, es mucho más lo que nos une como país que aquello que nos separa. Sí, reconocía, que existen importantes diferencias de opinión sobre una serie de cuestiones políticas y sociales a las que se enfrenta el público de los Estados Unidos. Siempre las ha habido. Pero los valores profundamente arraigados del individualismo y la autoexpresión son fuerzas poderosas que continuamente atraen a los estadounidenses y los mantienen unidos. Esos valores son



mucho más fuertes que las cuestiones divisivas del momento, que a veces nos hacen rechazarnos mutuamente.

### CATEGORÍAS DE DIVISIÓN

Al reflexionar sobre las dos recientes elecciones presidenciales en Estados Unidos, muchos famosos comentaristas, periodistas y observadores de la escena política han afirmado que el país parece estar profundamente dividido. Las elecciones del 2000 terminaron en un empate práctico, al recibir cada candidato una cantidad casi idéntica de votos en el Colegio Electoral. En el 2004, el presidente George Bush obtuvo una clara mayoría de votos, tanto populares como electorales. (El presidente obtuvo casi 3,4 millones más votos populares que el senador John Kerry, lo que supone un margen de 2,8%, y ganó el decisivo voto del Colegio Electoral por 286 contra 252). Sin embargo, el mapa político del país ha cambiado relativamente poco entre las dos campañas: todavía existen estados «azules» a lo largo de las costas, de tendencias liberales, y los estados «rojos»

en el sur y el oeste, más inclinados al conservadurismo.

Los primeros años del siglo XXI se han caracterizado por las constantes diferencias entre los estadounidenses en una variedad de aspectos, incluyendo la religión, la raza, el sexo, la geografía y la forma de ver el mundo. Aunque las disputas teológicas manifestadas entre religiones han desaparecido prácticamente de la vida pública, los debates dentro de las tradiciones religiosas en torno a cuestiones sociales y conceptos sobre el mundo exterior todavía perduran. Si bien en el pasado la principal división racial en Estados Unidos era entre blancos y negros, ahora tenemos crecientes poblaciones de origen hispano y asiático, así como una considerable cantidad de ciudadanos que, al identificarse como multirraciales, no se declaran miembros de ningún grupo racial. Hombres y mujeres a menudo también ven el mundo de distinta forma, de manera que los candidatos a cargos públicos formulan su mensaje para atraer a una y otra parte de lo que se ha dado en llamar la brecha del género.

Las diferencias geográficas pueden no ser tan pronunciadas como lo fueron durante la Guerra de Secesión pero, como han confirmado los resultados de las elecciones, todavía perduran. La mayor parte de los texanos (que votaron por Bush por un margen de 61% a 38%) tiene distintas opiniones políticas que la mayoría de los residentes de Rhode Island (que votaron por Kerry por un margen de 59% a 39%). El traslado de empleos fabriles al extranjero y el declive de las comunidades agrarias, así como el crecimiento del sector de servicios y el desenfrenado desarrollo urbano, dan testimonio de la persistencia de diferencias económicas; algunos estadounidenses luchan por sobrevivir, mientras que otros disfrutan lo mejor que ofrece una sociedad próspera y productiva. Evidentemente, hoy existen muchos «Estados Unidos».

Un número considerable de intelectuales comparten esta idea de que Estados Unidos es un país profundamente dividido. La más elocuente puede ser la distinguida historiadora Gertrude Himmelfarb. En su obra *One Nation, Two Cultures* (1999) argumenta que los estadounidenses todavía están viviendo las consecuencias de la división civil que se manifestó por primera vez en los años sesenta. Una de las dos culturas del país, según Himmelfarb, valora la libertad individual y la autoexpresión, y desea dejar atrás los papeles más tradicionales de la sociedad y las costumbres reinantes en la sociedad estadounidense en la primera mitad del siglo XX. La otra, da primacía a la autoridad y el respeto a las normas y tradiciones, y desearía ver un regreso a una era en que los padres tenían más control sobre sus hijos y la mayoría de la gente se enorgullecía de su país y profesaba una sincera devoción religiosa. Himmelfarb, conservadora, se identifica claramente con esta última cultura. Pero se pueden encontrar argumentos similares en escritores de izquierda, que opinan que valores liberales tales como el secularismo y la autoexpresión están amenazados por la derecha y tratan de defender con toda su energía los adelantos conseguidos en los años sesenta.

Hasta cierto punto, la obra de Himmelfarb, como indica su título, era una reacción a mi propia contribución al debate en *One Nation, After All*. Yo afirmaba que los militantes políticos tienden a librar guerras culturales entre sí, pero que la mayor parte de los estadounidenses comparte valores comunes. Pueden estar en desacuerdo en cuestiones del momento —en una democracia son de esperar estos desacuerdos—, pero a diferencia de los años sesenta, para no hablar de la época de la Guerra de Secesión, están sorprendentemente de acuerdo. Aprecian los adelantos logrados en cuanto a la libertad individual, que son un resultado de las conmociones de los años sesenta y, en ese sentido, Himmelfarb tiene razón al recalcar la importancia de aquella década. Pero sus sentimientos respecto a estos adelantos suelen ser ambivalentes. Con frecuencia se preguntan si los Estados Unidos ha ido tan lejos en su individualismo que ya no se respeta la autoridad ni la tradición y, en general, quieren que los políticos se entiendan y



encuentren soluciones comunes a los problemas del país.

La unidad de los Estados Unidos es una cuestión de tanta importancia como cualquier otra a la que se enfrentan actualmente los estadounidenses. Después de todo, Estados Unidos ya ha pasado por la experiencia de una guerra de secesión cuyo costo en sangre nunca se ha olvidado. Por muy profundas que puedan ser nuestras diferencias actuales, no tienen esa virulencia. Y, como nos recuerda la experiencia de la Guerra de Secesión, la división y la desunión son perniciosas tanto para los estadounidenses mismos como para otros que ven en los Estados Unidos un ejemplo que les indique el camino. No hay duda de que debemos investigar detrás de los titulares para averiguar si siguen existiendo creencias y prácticas viables, capaces de unir a los estadounidenses.

## LA IGLESIA Y EL ESTADO

De todas las supuestas divisiones en la vida estadounidense, una en particular se destaca por su significado especial. Con frecuencia escuchamos que la línea de fractura en Estados Unidos es de índole religiosa y que agrupa a todos los que creen firmemente en Dios, sea cual fuere el Dios en el que creen, en una parte, y a los que no ven en las acciones humanas la

mano de la divinidad, en la otra. No obstante, de ser cierto que la religión en Estados Unidos es fuente tanto de unidad como de división, las perspectivas de *E Pluribus Unum* mejoran considerablemente.

Muchos de los fundadores de Estados Unidos opinaban que una moral común exigía una religión común. Sin embargo, como Estados Unidos se había comprometido con la separación de la Iglesia y el Estado y con la libertad religiosa en la primera enmienda a su Constitución, nunca ha habido una religión común en el país, al menos, no en un sentido oficial. No obstante, la gran mayoría de los estadounidenses de la época de la fundación del Estado eran protestantes, de manera que, pese al gran número de confesiones protestantes, al menos, compartían las ideas de la Reforma.

Sin embargo, cualquier esperanza de poder hallar una fuente extraoficial de unidad en la adhesión generalizada al protestantismo quedó trunca con la llegada de una gran cantidad de inmigrantes de países no protestantes en los siglos XIX y XX. Tan fuertes fueron las tensiones entre las distintas confesiones que, en ciudades como Boston, estalló una auténtica guerra cultural, mucho más violenta y divisiva que la que supuestamente tiene lugar

hoy, entre protestantes nativos e inmigrantes católicos de Irlanda y otros países, con la consiguiente pérdida considerable de vidas y bienes. Sin embargo, con el tiempo, se encontró una solución relativamente pacífica al conflicto religioso. Aunque las distintas iglesias cristianas nunca habían mostrado gran unidad entre sí, a mediados del siglo XX, Estados Unidos comenzó a llamarse sociedad «judeo-cristiana», unida por el hecho de que sus tres confesiones principales compartían, al menos, un texto sagrado: la Biblia hebrea.

La expresión «judeo-cristiana», que originalmente era indicativa de inclusión, nos parece ahora serlo de exclusión, ya que no incluye a musulmanes, budistas ni otras numerosas religiones llegadas a Estados Unidos después de la trascendental ley de inmigración y nacionalidad de 1965, que puso fin al sistema de cuotas que había favorecido la inmigración de Europa. Tan diversa es la sociedad estadounidense actual, que no tenemos una expresión que nos defina. Algunos han propuesto «Abrahámica», que incluye a los musulmanes, pero excluye las religiones orientales. Probablemente nunca ha existido otra sociedad en la que florezcan simultáneamente tantas religiones como Estados Unidos de hoy y, en cierto sentido, el origen de ello se puede buscar en la decisión de los fundadores de Estados Unidos de alentar la libertad religiosa.

## ¿UNA CULTURA COMÚN?

Frente a tanta diversidad, algunos han empezado a decir que los estadounidenses carecen de una cultura común y, en consecuencia, se enfrentan a la perspectiva de una considerable desunión. Ésta es la advertencia de *Who Are We?*, obra publicada en 2004 por el especialista en ciencias políticas Samuel P. Huntington, de la Universidad de Harvard. Basado principalmente en la observación de los mexicanoamericanos, en su mayoría de antecedentes católicos, Huntington, insistió en la importancia de una cultura común forjada por el protestantismo anglosajón, a la que se debían adherir los inmigrantes. Huntington no se concentró en la religión en sí como fuente de desunión, sino más bien en las clases de cultura forjadas por distintas tradiciones. Al mismo tiempo, en esta obra se evocaban períodos anteriores de la historia de Estados Unidos, cuando el temor a la diversidad llevó a algunos escritores a concluir que, a menos que el país hallara un medio de resolver el problema de contar con demasiadas culturas en pugna, su futuro no podría estar asegurado.

No hay duda de que existe una gran diversidad religiosa en Estados Unidos. Pero hay motivo para dudar de que la diversidad sea origen de desunión. Pues, pese al hecho de que los estadounidenses están organizados en una asombrosa variedad de confesiones y tradiciones, la

cultura del país actúa como fuerza poderosa que configura todas sus religiones. En los últimos años, los eruditos han empezado a dirigir su atención no sólo a los textos y credos de las religiones del país, sino también a las formas en que el ciudadano común practica su fe. Una de las conclusiones a las que han llegado es que, por distintas que sean las religiones entre sí, los fieles a menudo practican su fe en formas asombrosamente similares.

Por ejemplo, los estadounidenses en general prefieren religiones en la que se les hable personalmente. Desconfían de una autoridad distante y, en algunos casos, incluso de las autoridades locales. Suelen recurrir a la religión por motivos que tienen más que ver con las emociones que con el intelecto; los textos sagrados no son para ellos documentos para ser examinados con ideas perentorias, sino más bien fuente de orientación que les dice cómo vivir su vida en tiempos difíciles. La religión les da un profundo sentido del bien y del mal, pero, frecuentemente, está dispuesta a perdonarles sus pecados y darles otra nueva oportunidad. A través de su fe, los estadounidenses se suelen sentir más fuertes y confiados. Su religión les enseña verdades universales, pero también les ofrece amor. Los estadounidenses a veces cambian de fe en busca de una religión que les ofrezca un sentido de autenticidad. La religión para ellos no supone ningún tipo de compromiso inquebrantable a la tradición, sino más bien una forma innovadora, dinámica, en evolución continua, de adaptarse a un mundo complejo.

Dado que los estadounidenses viven distintas religiones de formas a veces notablemente similares, la fe puede servir de importante fuente de unidad. Los fieles no tienen que estar de acuerdo en cuanto a quién es Dios y qué hace Dios; les basta con que otras personas traten de hallar medios de creer que satisfacen sus propias necesidades. Tan poderosa es esa manera común de practicar la religión que, incluso inmigrantes recientes, adaptan rápidamente las creencias de sus propios países de origen a las realidades estadounidenses. En el siglo XIX, católicos y judíos elaboraron versiones estadounidenses de sus religiones. Ahora, musulmanes e hindúes están haciendo exactamente lo mismo.





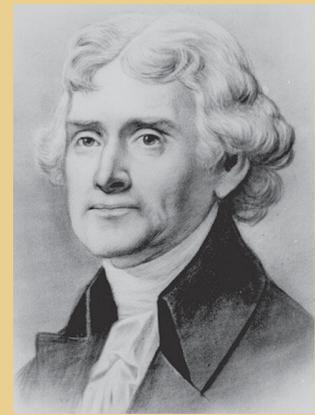
## EL CONOCIMIENTO MUTUO

Lo mismo que ocurre con la religión se repite en otros aspectos de la vida en Estados Unidos. La experiencia permite encontrar elementos comunes incluso en medio de la diferencia. Cuanto más llegan a conocer los estadounidenses blancos a sus compatriotas de otras razas a través de su trabajo, más disminuye el racismo. Cuantos más jóvenes se casan con personas de raza o clase económica o social distinta de la suya, tanto más rápidamente desaparecen las divisiones que tantas penalidades han causado a las generaciones de sus padres y de sus abuelos. Es cierto que muchos hombres y mujeres del norte y del sur pueden no tener las mismas opiniones políticas, pero su estilo de vida es sorprendentemente similar; conducen los mismos tipos de automóviles a los mismos tipos de centros comerciales para comprar las mismas clases de productos. Pese a todo lo que se quiera decir de Estados Unidos liberal o conservador, una persona puede ir a cualquier parte del país y encontrar todo asombrosamente familiar, incluso demasiado familiar.

De hecho, todo permite creer que la polarización que presenciaron los estadounidenses en el 2004 es probable

que dé lugar a una reacción contraria, dirigida a recordarles que, pese a todas sus diferencias políticas, comparten una misma ciudadanía nacional. La polarización reporta dividendos políticos obvios, en particular a quienes reclutan a sus tropas con la cantilena de nefastos designios sobre los que están al otro lado de la línea ideológica. Sin embargo, en política, al menos en un régimen político democrático, cada acción provoca una reacción. Yo creo que, unidos por prácticas comunes en religión y por experiencias comunes en otros aspectos de la vida, los estadounidenses llegarán a un punto en que se preguntarán si otros compatriotas con los que tienen desacuerdos políticos deben ser tratados como parias a causa de sus opiniones.

Cuando lo hagan, estoy seguro de que llegarán a la conclusión de que, después de todo, somos una nación. El individualismo estadounidense y nuestra búsqueda de nosotros mismos trascienden nuestras diferencias. Mientras recordemos que todos nosotros hemos sido forjados por una misma cultura estadounidense, seguiremos construyendo puentes, como tantas otras veces en nuestra historia, que nos mantengan en contacto y unidos. ■



**Tomás Jefferson** (1743-1826) fue un intransigente defensor de la libertad religiosa y política y autor del documento más preciado de Estados Unidos, la Declaración de Independencia.

Sus palabras **«Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre estos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad»** son de las primeras que memorizan los niños de edad escolar de Estados Unidos.

El Estatuto de Virginia sobre Libertad Religiosa (1786), también de Jefferson, garantiza la libertad de culto religioso y prohíbe al estado dar apoyo o destinar fondos públicos a una religión en particular.

Jefferson fue el tercer presidente estadounidense, entre 1801 y 1809, y antes ocupó los cargos de secretario de Estado, vicepresidente y ministro de Estados Unidos en Francia. Experto arquitecto, lingüista y naturalista, Jefferson dijo que deseaba ser recordado por tres cosas: como autor de la Declaración de Independencia, autor del Estatuto de Virginia sobre Libertad Religiosa y como el padre de la Universidad de Virginia.

---

*Alan Wolfe es profesor de ciencias políticas y director del Boisi Center for Religion and Public Life, del Boston College (Massachusetts). Algunas de sus obras son «One Nation After All (1998) y The Transformation of American Religion: How We Actually Live Our Faith» (2003). Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente el punto de vista o la política del gobierno de Estados Unidos.*

## LA BANDERA DE ESTADOS UNIDOS, «SÍMBOLO PERDURABLE DE LIBERTAD»



*«Generaciones de estadounidenses uniformados han llevado las Barras y Estrellas al combate para que nuestros ciudadanos puedan vivir en libertad», declaró el presidente George W. Bush al emitir la proclama que señala el 14 de junio como Día de la Bandera, y la semana correspondiente a esa fecha como Semana de la Bandera Nacional 2005.*

*Al recordar la historia de nuestra bandera, agregó el presidente, «recordamos nuestro deber de llevar al futuro nuestra herencia de libertad».*

A continuación, partes salientes de la proclama presidencial:

«Durante más de dos siglos la bandera de Estados Unidos ha sido un símbolo de esperanza y de orgullo. La bandera ha inspirado a nuestros ciudadanos en tiempos de conflicto y nos ha consolado en momentos de pesar y pérdida. En el Día de la Bandera y durante la Semana de la Bandera Nacional celebramos el legado orgulloso de la enseña gloriosa y reflexionamos sobre este símbolo perdurable de libertad.

El 14 de junio de 1777 el Segundo Congreso Continental aprobó una resolución declarando que «la bandera de Estados Unidos será de trece barras alternadas de rojo y blanco, con un cuartel superior izquierdo de trece estrellas blancas sobre campo azul». A medida que se fueron incorporando estados a la Unión, la bandera ha sido modificada para reflejar su adición a nuestra nación. En la actualidad la apariencia de nuestra bandera se basa en la Orden Ejecutiva del presidente Eisenhower del 21 de agosto de 1959 para incluir una estrella por cada uno de los 50 estados junto con 13 barras que representan las 13 colonias norteamericanas originales.

Generaciones de estadounidenses uniformados han llevado las Barras y Estrellas al combate para que nuestros ciudadanos puedan vivir en libertad. A través del mundo, una nueva generación de Soldados, Marineros, Aviadores, Infantes de Marina y Guardacostas ha dado un paso al frente para prestar servicio bajo nuestra bandera, defendiendo a Estados Unidos de nuestros enemigos. Les agradecemos a ellos y a sus familias la defensa de nuestra bandera y de los valores de nuestra gran nación.

En este Día de la Bandera, recordamos la rica historia de la enseña gloriosa y recordamos nuestro deber de llevar al futuro nuestra herencia de libertad.

Para conmemorar la adopción de nuestra bandera, por resolución conjunta aprobada el 3 de agosto de 1949, según fue enmendada (63 Stat. 492), el Congreso designó el 14 de junio de cada año como «Día de la Bandera» y requirió que el presidente emita una proclama anual designando la semana en que ocurra el 14 de junio como «Semana de la Bandera Nacional» y haciendo un llamado a todos los ciudadanos de Estados Unidos a desplegar la bandera durante esa semana.

PAS - Public Affairs Section  
Embajada de los Estados Unidos  
Casilla 425  
La Paz, Bolivia



Notas Actuales también puede encontrarse en la página de la Embajada de los Estados Unidos:  
<http://bolivia.usembassy.gov/>